

ALAIN ROUQUIÉ

EL LLAMADO DE LAS AMÉRICAS

Traducción de Lil Sclavo



Índice

Introducción. América Latina revisitada	11
---	----

Primera parte

Recorridos

Capítulo 1. Las raíces y los sueños	17
Entre historia y geografía	21
El verde y el negro.....	24
Sociedades soñadas	28
Elegir todo.....	33
“Dirigir su mirada a lo lejos”	42
Capítulo 2. A primera vista	45
Un viaje iniciático	46
En los confines de Occidente	49
Petróleo y política	60
Tres mil años de historia	69
Tan lejos, tan cerca.....	73
Capítulo 3. La razón comparativa.....	77
El tiempo de los cuarteles.....	80
Sistemas pretorianos y coyuntura exterior	92
El peso de la herencia.....	101
La razón del Estado.....	104
Reversibilidad del Estado fuerte	108
Tiempo de balances	113

Segunda parte

Balances

Capítulo 4. Un horizonte democrático	119
La soberanía del pueblo	119

Sufragio y civilización	125
Patrones y clientes.....	128
Razas, clases y desigualdades	131
El despertar de las democracias	136
Un largo camino hacia la ciudadanía.....	140
Viejos demonios y nuevos modelos	150
Capítulo 5. Emergencias permanentes	159
Milagros y espejismos	160
El vuelo de la gallina	166
Un modelo en impasse.....	170
El techo de cristal.....	176
Un deseo de Occidente	182
La desgracia latinoamericana.....	188
Epílogo. Un continente indispensable.....	197
Tierra de malentendidos	198
Híbridos fecundos	206
El idiota regional o la prueba a través de las Américas	210
Referencias bibliográficas.....	215
Agradecimientos.....	223

Sin apartar ni un instante el lejano Occidente
de una aventura secreta.
Louis Aragon, *El aldeano de París*

Introducción

América Latina revisitada

Es larga la lista de autores de ciencias sociales que, en un punto de inflexión en su vida y en sus obras, abordaron la cuestión de la práctica de su disciplina. Examinaron su “profesión de historiadores”, se preguntaron sobre “la historia para hacer qué”, explicaron cómo alguien se convierte en etnólogo. Como politólogo, mi ambición es mucho más modesta. No pretendo en absoluto defender ni esclarecer una ciencia social que por naturaleza es global, pero que solo existe por su objeto: el poder. Un colega alemán al que no le faltaba sentido del humor decía, a propósito de los politólogos, que si hubieran sabido más de geografía, de sociología y de historia, sin duda hubieran elegido otra área de conocimiento. Por consiguiente, no es sobre la disciplina a la que pertenezco que me pareció útil enfocar mi reflexión, sino sobre el área geográfica a la que dediqué mis investigaciones y más o menos toda mi actividad profesional durante medio siglo: América Latina.

A menudo, amigos latinoamericanos, colegas y periodistas me preguntaban cómo y por qué había elegido dedicarme a intentar descifrar y entender a países de un continente lejano, con el que en principio no tenía ningún vínculo familiar, afectivo o intelectual. Siempre les resultó extraña esa elección, y seguramente lo era cuando decidí llevarla a cabo. Porque se respetaba que alguien fuera sinólogo, islamólogo, hasta africanista de actualidad, pero el “americanista” tenía menos categoría al estudiar solo las culturas precolombinas o las tribus autóctonas. Cuando voces autorizadas hablaban de “pueblos americanos”, no se referían a mexicanos o brasileños, sino a onas, apaches o jíbaros. A esas preguntas a veces irónicas o compungidas –un vespertino francés llegó a calificarme amistosamente como de “latino de carrera”–, durante mucho tiempo respondí con el silencio o

con sarcasmos. Pero poco a poco, y sin duda tarde, me di cuenta de que ni siquiera yo mismo me había planteado la pregunta y, por lo tanto, no tenía ninguna respuesta para dar.

Intentar dar respuesta a esa pregunta personal es el tema de este libro. Sin embargo, no es un libro de memorias, por más que ya haya alcanzado la edad en la que, según dicen, uno mira hacia atrás para saber quién es. Se trata más bien de un ejercicio de memoria. Me pareció pertinente, en efecto, rastrear mi recorrido personal, ya que este acompañó las evoluciones políticas y sociales de algunos países de América Latina a los que me dediqué durante diez lustros. También puede contribuir a esclarecer los cambios operados en la imagen, el papel y el estatus internacional de los Estados del continente latino durante el mismo período.

Preguntarme por mi vocación americanista no responde entonces a la “búsqueda de uno mismo”, aun cuando el prisma personal permite justamente tomar sus distancias y, eventualmente, cuestionarse. Sigo pensando que los descubrimientos valen más que los recuerdos. Balance o informe de etapa, al volver a visitar esa región en mis viajes, mis estadías en el terreno y mis propios trabajos durante un tiempo prolongado abarcando las preguntas del presente, quise corroborar si lo que escribí en el pasado sobre el valor heurístico de las investigaciones sobre la América Latina contemporánea respondía a una ilusión legitimadora o esclarecía de manera definitiva la realidad.¹

Cuando elegí las Américas, el espíritu de la época estaba imbuido del romanticismo revolucionario. Francia ya lo extrañaba y los admiradores de la lucha armada emancipadora y del militarismo castrista pretendían “divorciarse aquí para casarse en otro lugar”. Pero no era una estrategia matrimonial. Al no ser ni Europa ni el tercer mundo, esos países llamados “en vías de desarrollo”, hoy emergente, compartimos, nos guste o no, a pesar de su caleidoscopio étnico y su naturaleza mestiza, nuestras problemáticas y nuestras aspiraciones. Eso la convertía en una región clave para el conocimiento de lo político en Occidente. ¿Qué nos enseñó la América Latina contemporánea al respecto, no solo sobre la singularidad y el carácter excepcional de sus sistemas políticos y sociales, sino también más allá de eso, sobre nosotros y el mundo? Una experiencia a través de América Latina

permite explicar unos cuantos fenómenos políticos. Y “pensar el mundo” desde ese continente dista mucho de ser un absurdo y un desafío inútil.

Este libro comienza con el proceso complejo, sinuoso, a veces quimérico, que me condujo desde la adolescencia a la América Latina contemporánea y al análisis político. Les revela a mis benevolentes lectores “desde dónde hablo”, cómo me ubico. Nunca creí que el más minucioso, honesto y exigente de los científicos sociales perteneciera a alguna clase social o a algún país. Acto seguido, me concentro en mi primer encuentro con ese continente y su diversidad contradictoria. El flechazo preparado cuidadosamente con antelación estaba a la orden del día. Me proporcionó, además de una pasión a largo plazo, mis primeros y perdurables temas de investigación comparativa. Es por eso que, en este libro-trayectoria, vuelvo a las circunstancias, estrategias y resultados de algunos de mis trabajos. Apliqué también las hipótesis de ayer al presente y le planteé preguntas de hoy al pasado. Examiné la coherencia y la lógica de esas investigaciones, siguiendo un hilo conductor que me llevó de la inestabilidad pretoriana al misterio de la democracia representativa pasando por la solidez del Estado. En la segunda parte, me pareció útil hacer un balance crítico, provisorio y personal del desarrollo político y de la particularidad de los regímenes democráticos latinoamericanos tal como los veo hoy en día. Al final, en el último capítulo, abordo un tema que obsesiona a las Américas así como a los americanistas, el de “alcanzar” a los países desarrollados, en medio de progresos inevitables, milagros coyunturales y fatalidades que abruman a los Sísifos del Nuevo Mundo.

Notas

¹ Cf. Alain Rouquié, *Amérique latine. Introduction à l'Extrême-Occident*, Paris, Seuil, 1987, pp. 9-10 (*América Latina. Introducción al Extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 2004).

Primera parte

Recorridos

Capítulo 1

Las raíces y los sueños

Nada en mis orígenes geográficos y familiares me predisponía a interesarme por el Nuevo Mundo. Nativo de horizontes delimitados en las viejas tierras de Causse y las Cevenas, poco y nada podía sentir el llamado de alta mar. Mi juventud transcurrió en una pequeña ciudad del valle del Tarn, rodeada por sólidas murallas de mesetas sombrías. En ese entonces, Millau estaba a once horas de tren de París y a tres o cuatro horas del Mediterráneo. El himno local en lengua de oc dice que Milhau (de acuerdo a la grafía occitana) está ubicada en un “hoyo”, pero “muy hermoso cuando ahí brilla el sol”. Es también una subprefectura meridional, aislada del Languedoc vitícola por la meseta de Larzac, donde uno apenas se cruza con corderos, bojes y enebros, y es más conocida por sus campos de maniobras militares que por sus rediles cubiertos de piedra laja y sus aldeas fortificadas. Millau era entonces la capital próspera de una región pobre. En la antigüedad galo-romana, llamada Condatomag, había sido capital mundial de la cerámica sellada antes de convertirse en la ciudad del guante y la marroquinería.

En el siglo XX, mi ciudad natal aparecía como el símbolo de la provincia profunda: una ciudad monoprodutora, dedicada a actividades antiguas y semiartesanales en un departamento rural. La literatura aludió a ella sin piedad. Millau o la provincia caricaturesca. El héroe de *La Motocyclette*¹ (La motocicleta), de André Pieyre de Mandiargues, Raymond Nul, reniega de Millau, porque “él pensaba precisamente en las heroínas de las leyendas germánicas, en contraposición a sus hermanas o primas de Millau, de quienes hablaba como si fueran sirvientas”. Es verdad que Millau no era sinónimo de buena vida y no estimulaba los encantos del ocio. En esa ciudad obrera, el campesino siempre anda rondando cerca. Muchas fa-

milias poseían, además de una huerta, un viñedo en las laderas escarpadas del “terruño seco”, que le hace honor al nombre donde el suelo tiene más piedras que tierra.

De hecho, en nuestro siglo, Millau será conocida solo por sus embotellamientos monstruosos en la carretera en época de vacaciones. Durante el éxodo estival, oleadas motorizadas vienen desde el norte y bajan al “hoyo”, parachoques contra parachoques, para luego subir por la meseta a través de una carretera en zigzag muy hermosa. Esta conoció su momento de gloria cuando un militante ecologista procedente de otro lugar, en nombre de la lucha contra la “comida chatarra”, desmontó un restaurante de comida rápida que reinaba en la ciudad. Si algunos renegaban de Millau, la Dirección de Obras Públicas se encargó de que la olvidaran por completo. Se logró superar el obstáculo de esta área metropolitana tan mal ubicada al construir un magnífico viaducto blanco diseñado por una luminaria de la arquitectura. Ahora ya no se detienen en Millau a pesar de sus hermosas plazas y la sombra de sus plátanos, su torre de vigía octogonal que domina el plano romano de calles angostas y el extraño campanario de Notre-Dame-de-l’Espinasse. La vía rápida lleva directamente de una meseta a la otra sin bajar por el valle. Las migraciones heliotrópicas descartan todo aquello que les signifique un retraso en el camino hacia la evasión.

Por su lado, los hijos de esta región pobre también recorrieron esas carreteras a menudo en sentido contrario, en busca de su futuro. Ni en la piedra caliza de las cavernas y las cavidades del suelo ni en las tierras silíceas del Lézou o del Ségala reina la opulencia. Los jóvenes de los pueblos cercanos, al obtener el certificado de estudios primarios, aspiran a “entrar en el gas, la electricidad, en el ferrocarril”. A menudo también encuentran su salvación en la Policía, el Ejército o la Iglesia. Ya que no faltaban las vocaciones religiosas en el sur de Aveyron, incluso en Millau, que fue sin embargo, hasta la revocación del Edicto de Nantes, un bastión protestante. Y debo confesar que en muchos de los países donde viví me encontré con sacerdotes oriundos de esta región. Incluso uno de ellos era obispo en un estado del norte de Brasil.

Lo que provocaba ese éxodo no era tanto el exceso de niños, sino la falta de trabajo y tierras cultivables. A menudo se ignora que los “carboneros” y otros propietarios de cafés parisinos, indebidamente llamados

“auverneses”, por lo general eran oriundos de Ruerגיע. París, se dijo, es “la conquista más hermosa de los aveyroneses” (Éric Hazan). Pero también había, para quienes habían tenido la oportunidad de ir al liceo o habían escapado del gran seminario, la salvación a través de los diplomas. Y era la función pública la que ofrecía mayores oportunidades. En mi generación, Millau dio al Estado muchos docentes, magistrados, oficiales superiores y hasta diplomáticos que sabían, al igual que sus compatriotas propietarios de cafés, practicar el arte de la hospitalidad, pero esta vez en nombre de Francia.

De hecho, si se observan los éxitos de Millau en el vasto mundo y en la capital en particular, podemos ver la respuesta ante el desprecio arrogante del que hace gala el personaje de Mandiargues, y principalmente lo vemos a través de esas mujeres que hicieron soñar al *Tout-Paris* de las artes y las intrigas. Así como Emma Calvé, soprano codiciada por el mundo entero, que brilló en todos los grandes escenarios líricos, tampoco Domenica Walter-Guillaume, cuyo nombre plebeyo de nacimiento era Juliette Lacaze, sensual seductora de ojos verdes (de acuerdo al retrato hecho por Derain), viuda alegre, según decían, primero de Paul Guillaume, célebre crítico de arte, y luego de Jean Walter, propietario de minas de plomo y de zinc de Zellidja, iba a la zaga de las heroínas soñadas por Raymond Nul.

Sin embargo, en lo que a mí respecta, en las celebridades de Millau no encontraba demasiado alimento para mis sueños de exotismo. Ninguno de mis compatriotas del pasado había explorado el Amazonas ni medido el meridiano o cruzado el ecuador. El único escritor conocido de esas tierras tan poco liberales fue el vizconde Victor de Bonald, pensador como el saboyardo Joseph de Maistre del tradicionalismo católico, pero no tan buen escritor como él. Nuestros grandes nombres militares o civiles en su mayoría se orientaban también hacia los extremos conservadores, como Michel Clausel de Coussergues. Incorporado al ejército de Condé contra la Revolución antes de terminar en la “Cámara inencontrable” de 1815, este ultramonárquico rechazó a Louis-Philippe en 1830. Podemos decir que nuestros prohombres nunca viajaron más allá de Coblenza. Aun cuando Clausel de Coussergues se interesó por España y el restablecimiento del absolutismo de derecho divino al sur de los Pirineos en sus *Quelques considérations sur la révolution d'Espagne* [Algunas reflexiones sobre la revolución de España].

Por lo tanto, no son tales celebridades locales las que podían estimular mi curiosidad, abrirme a otros mundos –diferentes y lejanos–. Es verdad que Millau contaba con el lujo de tener dos puentes sobre el río Tarn, dos cines y dos librerías. La Casa del Pueblo, ubicada frente a un herrero y un tapicero, contaba con una sala multiuso, hoy diríamos “polivalente”, incluso “multimodal”, donde diferentes asociaciones ofrecían sus representaciones: la Golondrina de Millau para las actividades gimnásticas, la Estudiantina para los conciertos de mandolina. Recibía a los “exploradores” de *Connaissance du Monde* [Conocimiento del mundo], los artistas callejeros en gira Karsenty, a veces algunos clásicos para “los escolares” –y también, para mi enorme deleite, los conciertos de las Juventudes Musicales–.

A pesar de eso, no se puede decir que la educación secundaria fuera mala en el colegio para chicos de Millau. Al contrario. Había pocas tentaciones que nos distrajeran de nuestras tareas escolares, a no ser ciertas actividades deportivas, que por cierto eran más individuales que colectivas. Así, el ciclismo, en esa región escarpada, nos igualaba a los gigantes de la ruta del Tour de Francia en la cima de su prestigio. Las caminatas por las mesetas y sobre todo a lo largo de las cornisas coronando las gargantas del Tarn me permitían conjugar el deporte con la fantasía. La espeleología que combina deporte con ejercicio intelectual en la región de la sima Armand era una actividad masiva o casi.

Mientras gran parte de nuestros compañeros abandonaba el colegio de forma prematura, para entrar “en la vida activa”, como solía decirse, el sistema de selección funcionaba a pleno para un grupo pequeño, muy competitivo, donde los “herederos” eran la minoría. Había que trabajar arduamente para salir adelante y poder finalizar. No mirar más allá de la nariz. Nos importaban más nuestros éxitos escolares que nuestros sentimientos. ¿Debo decir que por eso aprovechamos muy poco la “agria primavera” de nuestra adolescencia? Por supuesto que no pienso, como el héroe de Mauriac, que “nuestra juventud solo fue un prolongado suicidio”, sino quizás más bien como el cura rural de Bernanos, que no supimos ser jóvenes “porque no nos atrevimos”.

Entre historia y geografía

Es verdad que éramos prisioneros de la historia, así como de la geografía. El horizonte de mi generación está poblado de dramas. Nacido en la debacle o casi, nunca acepté esa “extraña derrota”. ¿Cómo olvidar o perdonar la traición lastimera del Mariscal y su arrepentimiento de clase? Mi mundo infantil transcurrió, al igual que Radio Londres, con interferencias e inaudible. Atormentado por lo que oía de esos muchachos, apenas algo mayores que yo, que habían sido arrestados por la Gestapo, torturados salvajemente, ejecutados. En mis pesadillas, esos héroes jóvenes se confundían con la carcasa sanguinolenta de un buey que unos soldados alemanes habían despedazado al aire libre, ante mis ojos, en la plaza de la Capelle. El sur de Aveyron era una tierra de opositores y e guerrilleros. El día de la liberación de Millau, yo esgrimí en la calle una metralleta hecha en madera laminada y un brazaete tricolor de las FFI (Fuerzas Francesas del Interior) en el brazo derecho.

Por un lado, estaba esa guerra perdida y esa ruin “colaboración con el enemigo” para complacer a Hitler; por el otro, una nueva guerra, esta vez colonial, no reconocida, inconfesable, los “acontecimientos” de Argelia. En medio de ambas, la guerra de Indochina, lejana es verdad, donde combatían solo soldados profesionales. Claro que no se movilizaba a todo el contingente, pero esa guerra nos dejó una sensación doblemente amarga. Porque no supimos otorgarles la independencia en términos de honor y asociación, por no decir de amistad, a pueblos de culturas ancestrales, pero además porque Diên Biên Phu había dejado en evidencia una vez más la incapacidad de nuestros arrogantes generales. El heroísmo que demostraron las tropas y su dirigencia en 1940 no logró borrar la vergüenza de una derrota infligida por campesinos de arrozales a nuestro ejército, “una de las cosas más grandes del mundo”, según el general de brigada provisorio Charles de Gaulle, que no había podido aceptar la derrota.

Atrapado como todos los de mi generación entre ambas guerras, ¿cómo habría podido mirar hacia el Atlántico? Mi geografía se extendía en principio hacia el este. Desde el Chad hasta el Rin y el Danubio, con la epopeya de Leclerc y la 2ª división blindada, tan alabada en los libros que me regalaran en las primeras navidades de posguerra. Y además el cine soviético, en honor de los combatientes de la “gran guerra patriótica” que

nos hacían conocer nuestros profesores entusiastas. En mi infancia, era la Europa mártir, aplastada por el Gran Lobo y liberada por los Bisontes y los Dogos con ayuda del Gran Oso que leía en *La bête est morte* [La bestia ha muerto], inolvidable historieta antinazi de Calvo y Dancette. Una Europa muy realista, por desgracia, donde los pequeños Conejos (nosotros), astutos y valientes, solo ofrecían una ayuda marginal y simpática, a pesar de las presunciones de la Cigüeña nacional, en la colosal tarea de liquidar a la Bestia. Releí esos dos tomos a lo largo de mi juventud, antes que la crecida del Tarn se los llevara con ella.

¿Cómo los heroicos Conejitos víctimas de la Bestia inmunda pueden, en nuestro nombre, convertirse en verdugos en Argelia? Imposible pretender que no sabíamos. Francia era una democracia, y a pesar de ciertos episodios aislados de censura la libertad de expresión era total. En Millau, la realidad de la guerra incluso era muy cercana: el campo militar del Larzac se convirtió en 1957 en un CARS (campo de arresto domiciliario), donde encerraban a los argelinos sospechosos de pertenecer al FLN (Frente de Liberación Nacional). Siendo estudiante en Lyon, cuando iba de vacaciones a Millau participaba en pintadas por la paz en Argelia, y mis compañeros y yo jugábamos a las escondidas con los policías o los CRS (la policía anti-disturbios) que venían del altiplano.

La guerra me separa del mundo hispánico mucho más de lo que me acerca. Por más que Millau, vinculada a Aragón hasta mediados del siglo XIII, lleva sus colores rojo y dorado, no me conmueve demasiado esa genealogía. Sin duda, me conmueve mucho más el recuerdo lejano de la represión de los albigenses y la cruzada de Simon de Montfort, de la que no escapó la ciudad hereje. El sentimiento de pertenecer a esa vieja tierra colonial que se vio expropiada de su lengua y su cultura nunca me abandonó por completo. Por supuesto que nada de eso me encaminó rumbo a las Américas. El tiempo en que el poeta occitano Claude Marti cantaba *Occitania saluda Cuba* (1969) aún no había llegado. Sin embargo, fue a través de España que se produciría mi “descubrimiento” personal del Nuevo Mundo.

No obstante, mi simpatía por los Dogos y los Bisontes me orientaba más hacia Londres que hacia Madrid, donde gobernaba un cómplice de la Bestia. Cuando a los 16 años me postulé a una beca de viaje Zellig, me proponía visitar el Lake District al noreste de Inglaterra, porque adoraba los poemas de Coleridge, Shelley y Keats, quienes, según decían, habían

vivido ahí. Pero en opinión de los responsables de las becas Zellidja, la poesía no revestía demasiado interés, mi proyecto llevaba como título “La doble vida de Cumberland”, intentaba relacionar la economía con la vida espiritual y la poesía con las minas de carbón. Al ser muy magra mi beca, atravesé Inglaterra de norte a sur haciendo *auto-stop*, me alimentaba con té y tostadas con mermelada de naranja y tuve encuentros muy agradables que confirmaban mi anglofilia.

Dos años antes, había ido a España. A Burgos y a Madrid. Conservaba el recuerdo de ciudades y sobre todo de pueblos tristes, grises, detenidos en el tiempo. Sentía la omnipresencia de la guerra civil. El régimen del Caudillo, sus monumentos en honor a los vencedores, sus símbolos católico-falangistas y una propaganda permanente, todo eso generó mi rechazo. Sin embargo, cinco años más tarde conocí otra España al hacer un viaje por Andalucía. El descubrimiento de esa España árabe con su arte refinado, elegante, donde todo parecía irradiar la buena vida, cambió mi visión del país y de su historia. La Giralda en Sevilla demostraba a todas luces la presencia de una cultura diferente. En la Córdoba de los omeyas, las callecitas blancas y floridas del barrio judío conducían a los boatos monumentales de la Gran Mezquita con su Patio de los Naranjos que había desafiado a la Reconquista. Admirado, me embriagaba con los jardines de la Alhambra y del Generalife en Granada, donde las terrazas de los pabellones con sus gráciles columnas, sus arcadas y sus techos en nido de abeja tenían enfrente fuentes adornadas y el murmullo del agua.

Ese viaje lo hice el día siguiente al 13 de mayo de 1958, que volvió a traer a De Gaulle al gobierno para poner fin al conflicto argelino. Esa guerra que no decía su nombre provocó la muerte de una república. ¿Cómo conciliar la magnificencia de ese arte árabe-andaluz venido del Magreb con el rechazo a reconocer que “en Argelia solo había franceses con todas las de la ley”, como acababa de decir De Gaulle, aunque demasiado tarde? ¿Por qué hasta entonces los franceses musulmanes eran considerados como ciudadanos de segunda, incluso como no ciudadanos? ¿Cómo los descendientes del sabio Abdel el-Kader serían menos capaces de gobernarse que aquellos del dey de Túnez o del sultán de Marruecos, ya independientes? ¿Por qué, al fin de cuentas, no podrían coexistir las culturas? ¿El otro representaba forzosamente una amenaza? En mi opinión, Franco era la encarnación de una reconquista prolongada y de la Inquisición. Yo contraponía (de manera muy imprudente, por cierto) la barbarie cristiana del norte con

el refinamiento árabe-andaluz. Más aún, pensaba que la paz en Argelia y la democracia en España respondían a una única y misma causa.

Fue así que, abandonando mis ambiciones filosóficas (“ser Sartre o nada”) y mis estudios de inglés (“la lengua del imperialismo”), en mis últimos años en el liceo del Parc en Lyon opté deliberadamente por el español. Andalucía y García Lorca me facilitaron ese cambio imprevisto. En Granada, rompí mi alcancía y me compré las obras completas de quien fuera una de las víctimas del terrorismo de los “nacionales”. Mil ochocientas páginas de lirismo dramático, creadas por un escritor asesinado sin duda por ser demasiado clarividente y por haber visto venir la noche. La noche de la esterilidad de *Yerma*, la de la autoridad obtusa de *Bernarda Alba*, aquella donde se matan los símbolos de la libertad que encarna *Mariana Pineda*. Curiosamente, fue esa inclinación estética y emocional la que por caminos inciertos me condujo hacia las Américas. Ante la España uniformizada por el sable y el rociador de agua bendita, sentí que allende los mares existían “otras Españas” –libres, plurales y creativas– de las que nada sabía. Pero, en primer lugar, dirigí mi mirada hacia el pasado.

El verde y el negro

De hecho, el pasado español me sosiega. Para empezar, me remonto al siglo XIII. Fernando III, llamado “el Santo”, aunque detractor de herejías, ¿no fue el rey de las tres religiones del Libro? En la “gran iluminación de la Edad media”, las universidades de las tres culturas enseñaban, además del latín, el árabe y el hebreo. Con los reyes católicos, todo va a cambiar a partir de esa fecha clave que fue 1492. Mientras Cristóbal Colón les ofrecía un continente inmenso y opulento, Fernando e Isabel, vencedores del último rey musulmán, imponían una única religión y una única cultura. Fue también en 1492 que los judíos fueron expulsados de España. Obligados a convertirse y siempre sospechosos de “judaizar” en secreto, fueron el primer blanco de la Inquisición, instaurada unos años antes. Los musulmanes, obligados a abrazar la “fe verdadera” y a “asimilarse”, se sublevaron. Los “moros” fueron expulsados de Castilla en 1502. En el sur, temen que formen una “quinta columna” al servicio de los piratas berberiscos: bajo Felipe III, se decidió su expulsión definitiva. Esta finalizó en 1611. Esos